

I.

La rienda ha desaparecido de su mano, como el guante que la envuelve y cada uno de sus dedos, pero la tensión que la mantiene sujeta es una costumbre bien instruida. En esto confía la amazona.

Lleva horas sosteniéndola y espera que su fuerza se siga perpetuando con la inercia que aprende el cuerpo de sus costumbres. No siente las manos ni distingue los confines de sus brazos o la forma completa de su cuerpo. ¿Dónde termina ella? ¿Dónde comienza el frío?

Si abre los ojos, la oscuridad sólo le muestra formas inacabadas: la espesura rápida a los lados del camino, el contorno de los árboles, una luna gibosa. Desde la altura de una loma suave, ha visto los campos dormidos por un instante y ha pensado que esta luna es justa, pues señala la oscuridad del mundo con un brillo templado. No regala la certeza de otras noches con más luz pero aún consiente algunos signos de vida. Tres o cuatro jornadas más tarde, bajo la luz escasa de otra luna más afilada, nadie hubiera hecho este viaje. Esta noche de enero, con la última fase lunar que da vida a las cosas, pocos se atreverían a hacerlo y hay pocos motivos que puedan merecer salir a los caminos.

Willoughby aspira el aire helado bajo las pieles de su manto. A la salida de Barbican, le repugnaba el olor del curtido reciente pero, ahora, ya no siente esa hiel en la garganta. La amargura proviene de otra cosa. Deja que el frío reduzca sus sentidos. Igual que sus manos heladas, otras capacidades de su cuerpo van cediendo y se apagan, pero no la amargura. Sigue quemando. Enciende sus vísceras incluso cuando ya no percibe nada con claridad a lomos de su

caballo, sólo la fuerza del animal, una noción general de dónde está el cielo y dónde está la tierra. Todo su organismo se reduce al movimiento. Sólo quiere ser respiración para avanzar más aprisa. Desearía tener la velocidad de los pensamientos porque, en su mente, ya ha llegado al lugar donde se dirige su cuerpo. Cuando los dos se encuentren allí, Willoughby no sabe cómo hablará con ella. No sabe si podrá mirarla.

Ha tenido que jurar no volver a llamarle «reina», como todos los habitantes de Inglaterra. En este tiempo nuevo, debe dirigirse a ella como *The Lady Dowager*¹. Lleva meses encerrada en una sola habitación. Todo el país sabe que su salud se ha deteriorado. Hace tiempo que Willoughby intenta alcanzarla y, ahora, en unas horas, con la velocidad del viaje, todo los días en los que nadie hizo nada para llegar a ella y en los que Willoughby aguardó sin verdadera esperanza, se contraen y se compactan. Teme, sobre todo, no llegar a tiempo. Es por eso, no por el aire helado que le atraviesa los párpados, por lo que se encoge y aspira una especie de llanto que no acaba de brotar. Su cuerpo no le deja. Su organismo desvía todas sus fuerzas hacia un solo cometido, combatir la amenaza física del frío.

Se entrega al movimiento del caballo. Deja que el calor de la bestia le contagie su fuerza. Desea ser masa bruta y amorfa; todo galope, negrura viva. Busca su ira. Ha aprendido a destilarla de lo amargo. La amargura hace poso en el corazón con facilidad. La ira limpia ese poso, concentra su fuerza y la escala en todas sus dimensiones.

1. La Dama Viuda.

Quiere ser dueña de su furia, hacerse con ella. Ese es el único sentimiento que le ha ayudado a ignorar las palabras de todos los siervos de su casa, las advertencias de sus consejeros. Willoughby les ha instruido bien en lo que pueden decir y en lo que deben callar mientras ella esté fuera. Aunque no sepa del todo dominarla, necesita la ira para hacer lo que está haciendo. Desobedece a Greenwich con cada milla que avanza. Desafía al rey y sólo la ira puede mantener el impulso original con el que ha iniciado su viaje.

Cromwell no dio respuesta a su carta. Escribirla también fue un acto de dominación. Tuvo que someter el miedo de su mano y la angustia física de todo su cuerpo. Las palabras salían de la tinta contra su propio instinto de conservación, contra todos sus futuros posibles. Si entonces la ayudó a escribir contra el miedo, ahora, confía en que su mano derecha posea la misma inteligencia refleja para guiar a su montura aunque ya no la sienta.

Cuando le escribió a Cromwell, diciembre estaba a punto de expirar. Dejó pasar un día entero, una noche, una mañana. El silencio consumía las horas sin que ningún mensajero llamara a su puerta. Su espera comenzaba a parecer otra cosa y fue entonces cuando le sobrevino una claridad que no había sentido antes. El tiempo de las suposiciones era limitado. No podía esperar una respuesta de Greenwich. El tiempo de las suposiciones era valioso y era la única ventaja que ella tenía. Ninguna promesa, ninguna otra aserción. Una palabra escrita en el aire con las vocales abiertas y ambiguas de su segunda lengua, hacía ya tiempo, proferidas por un maestro de la imprección. Habían pasado semanas. Cromwell nunca admitiría haberle dado permiso para ir a Kimbolton. Diría que

Willoughby había malinterpretado su respuesta cuando él sólo asentía a llevar su súplica al rey para que éste la considerara.

El tiempo de las suposiciones se agotaba en Londres. Ella ya no es joven, ahora posee otro tipo de fuerza. El silencio de Cromwell se perfilaba como una prohibición que cobraba nitidez.

El miedo gana millas tras de ella. Si al principio del viaje lo sentía distante, ahora sabe que está mucho más cerca. También para eso necesita su ira y su hiel, para apartar el terror. No va a darse la vuelta. Conoce a Cromwell y a su rey, conoce el tipo de castigo que conlleva ese tipo de desobediencia, pero no puede pensar en ellos para salvar caminos de lodo, para cruzar los campos dormidos de un país amigo y enemigo. La tierra que le ha dado todo y que ahora la señala.

Por un camino nocturno se puede alcanzar el destino que arde en la intención del viajero, o se puede errar, incluso avanzando en la dirección correcta. Por un camino nocturno, es posible llegar a un punto del recorrido en el que los caballos se detengan y olviden su obediencia, cansados o asustados por una fuerza oscura que domina el lugar. Se puede alcanzar un paraje vacío, demasiado húmedo para hacer hogueras, sin leña caída a la vista. Por un camino nocturno, la posibilidad de abandonarse a la oscuridad o a la desventura siempre está cerca.

Willoughby mide el tiempo. Lo hace sin pensar, le basta con retraerse a un momento preciso del pasado y trazar una línea recta a su consciencia. Una impresión débil pero que suele ser acertada: cinco o seis horas de camino y un alto en Hatfield, donde cambiaron los caballos.